

Ha abierto sus puertas
el Museo Nacional de Artes Decorativas.
Creado en 1913, arrastró una existencia mísera en un piso
de la calle del Sacramento

El Museo orientará el afán artístico de nuestros artesanos y fomentará
la investigación de nuestras artes decorativas

TRAS el paréntesis de incuria artística, que trazó la dominación roja en Madrid, ha abierto de nuevo sus puertas, remozado y pujante, el Museo Nacional de Artes Decorativas, que en la maravillosa variedad de sus salas exhibe los valores artísticos de nuestra gloriosa artesanía, revalorizada hoy día por las sabias directrices del Movimiento Nacional. No es su actual instalación, con apuntar un gigantesco esfuerzo en la historia del Museo, el fin de laboriosas jornadas, ni la meta definitiva de las aspiraciones de sus dirigentes. El Museo que hoy abre sus puertas en un palacete de la calle de Montalbán ha de ofrecer en su día el resumen más completo y variado de la obra de nuestros artistas decoradores, y ser el panteón ilustre de la pujante artesanía española, de la que puede decirse que Europa fué feudataria en los siglos de nuestro esplendor. Porque guadamecés cordobeses tapizaron las salas de los Palacios de Versalles, de Bruselas y de Cracovia, y la porcelana de nuestro Retiro pudo compararse con la de Sevres y Sajonia, y nuestra cerámica se impuso al mundo por la vistosa polícromía de sus dibujos y la belleza de sus reflejos metálicos.

Un poco de historia

Vulgar y pobre fué la primera etapa de la historia de este Museo. Un Decreto del año 1913 le dió vida oficial y una existencia mísera de 8.000 pesetas anuales, con las que había que atender al pago del alquiler del local y a la adquisición de objetos artísticos. En un segundo piso de la calle

del Sacramento, número 5, el esfuerzo perseverante de unos hombres fué amontonando para España las primeras colecciones. Sus primeros Directores, D. Rafael Domenech y D. Luis Pérez Bueno, lograron al cabo de quince años de constante trabajo, inaugurar las primeras salas.

Al esfuerzo gigantesco de los primeros Directores, uniéronse años más tarde la pericia de D. José Ferrandis, actual Sub-Director, y de D^a Pilar Fernández Vega, del Cuerpo de Archiveros. Centráronse las energías en la adquisición de un nuevo local, que reuniese las condiciones mínimas de instalación. Tras laboriosas gestiones, el Ministerio cedió el edificio que en la calle de Montalbán ocupaba la Escuela Superior del Magisterio. La presentación de los objetos requería un minucioso estudio. El mundo artístico europeo concedía elevado rango a estos Museos, y España no podía ir a la zaga. Todo fué examinado con detalle. La instalación de los objetos, la hechura de las vitrinas, la iluminación de las colecciones, los rótulos de las porcelanas y vidrios, la distribución de los muebles y enseres. El buen gusto artístico debía orientar también al público, para que éste pudiese apreciar, no sólo el objeto en sí, sino también su instalación.

La guerra paralizó los esfuerzos. El Museo permaneció cerrado durante los años de la contienda, hasta que la victoria de Franco abrió de nuevo las puertas del palacete de la calle de Montalbán con el ímpetu regenerador que el Movimiento impulsa la cultura artística de España.

La instalación actual

Tres pisos cuenta hoy el Museo. En la planta baja se exhiben los distintos tipos de objetos que decoraron nuestros palacios y casas: loza, vidrios, cueros y talla. Sobre artísticas vitrinas ofréense magníficas colecciones de cerámica de Talavera, Teruel, Levante y Alcora. Los vidrios —ejemplares fenicios, griegos, romanos, visigodos y de nuestro siglo de oro y de nuestra fábrica de La Granja—cobran transparencia sutil por los rayos de luz que proyecta una adecuada instalación eléctrica. Los guadamecés cordobeses, que brillaron en los palacios de Europa, tapizan las paredes de otra de las salas de la planta baja. Complétase la serie de los objetos decoradores con las tallas de imágenes, puertas y fragmentos de retablo de la mejor escuela. En una reducida estancia, que ilumina la claridad de una esbelta araña de La Granja, se exhiben los estuches de



Sobre el fondo oscuro de la vitrina, destaca la maravillosa policromía de nuestra cerámica, legítimo orgullo de la artesanía española.



La sala de las porcelanas. Filigranas de Sevres, de Sajonia, del Retiro, en el marco suntuoso de la sala dieciochesca.

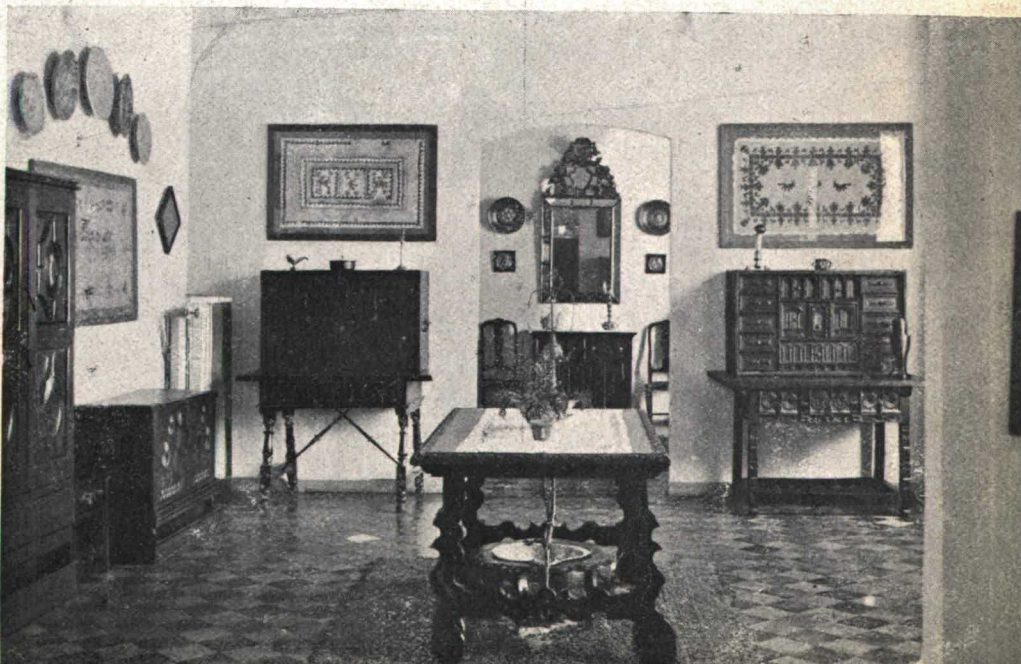


Retablos, arcones, mesas. Ejemplares soberbios de nuestra riqueza en tallas y de los primores de nuestros imagineros.

Siglo XVII. El comedor renacimiento brinda al visitante la severidad de su mobiliario y las filigranas de su ventanal gótico, que decoró en otro tiempo el Palacio toledano de los Condes de Fuensalida.



Artesanía popular. Comedor de casa acomodada, cuyas paredes realzan la gama vistosa de nuestros bordados populares.





Bello rincón de la cocina. Junto al fogón se agrupan los herrajes y los cacharros talaveranos.
En el centro una mesa auténtica que talló nuestra artesanía de los siglos de esplendor.

cuero del famoso tesoro del Delfín, que ha prestado en custodia la Pinacoteca del Prado.

En el piso principal se ha tendido a presentar habitaciones completas de un solo estilo, que eduquen el sentimiento artístico del visitante. Suntuoso el salón dieciochesco, en el que cobran vida las diferentes marcas de porcelana de toda Europa. Muebles, de la época de Carlos IV, entonan el conjunto. El dormitorio severo y adusto, del siglo XVII, tapizado con lienzos de Bruselas, que sirven de fondo a la maravilla marfileña de un Crucificado y la talla renacentista de los bargueños españoles. La cama, ejemplar único, de estilo barroco con columnas salomónicas. Luego, el comedor señorial, que cobija el magnífico artesonado mudéjar del palacio de los Condes de Fuensalida en Toledo, y la ventana y chimenea del mismo edificio, de estilo gótico, entonando con la colección de sillones frailunos y una majestuosa mesa central del siglo XVI.

En la escalera que conduce al tercer piso, una colección de vidrios revive su belleza al trasluz de la ventana, entre macetas y jarros cuajados de rosas y helechos.

Nuestra artesanía popular, rica en matices y en variedades, se cobija en el tercer piso del Museo, en cuya galería descuellan los calados de los herrajes maravillosos y la policromía de nuestros bordados y azulejos. Estancias populares, de burgueses acomodados, como la típica cocina de nuestro siglo XVI ó XVII, con sus alacenas; el comedor y la sala, que decoran muebles que bien pudieran parangonarse con los de los palacios señoriales.

En la otra ala, evocadores saloncitos del XVIII, de elegancia neoclásica, con grabados ingleses y estampas isabelinas.

Y en todas partes, flores, luces; un rincón gracioso, un objeto dejado al azar por manos femeninas, que dieron vida a los muebles y enseres, alejándolos de la vejez o frialdad que imprime el coleccionista o anticuario.

Proyectos y propósitos

No pasarán muchos meses sin que otras nuevas salas, amuebladas con el más depurado gusto y el más legítimo estilo, sean abiertas al público. Se completará la decoración de otras y la ornamentación de galerías y escaleras.

Pero el Museo aspira a más. Sus dirigentes proyectan la creación de un Centro de Investigaciones de la Historia de las Artes Decorativas españolas, donde el erudito encuentre el documento, el objeto, que reclame su afán investigador. Al mismo tiempo, el Museo orientará dentro de las reglas artísticas y de las directrices de nuestra gloriosa artesanía, el afán de nuestros modernos decoradores, que en las salas, en las láminas, en los grabados, hallarán copiosa fuente de inspiración. Con ello, el Museo habrá aportado su valiosa cooperación al movimiento renovador de las industrias artísticas españolas, que impulsa la mente esclarecida de nuestro Caudillo.